

Alex Bellos

Futbol

Brasil y el deporte que le da vida

Traducción de Joan Andreano Weyland

Ariel

Índice

Introducción	7
1. El partido en el fin del mundo	11
2. Pies heroicos	33
3. El ominoso final	49
4. Reuniones tribales	83
5. El ángel de piernas torcidas	101
6. Un carnaval diferente	127
7. Mi pequeño Tony	153
8. Coches, chicas y cómo mantener el ritmo	161
9. Ranas y milagros	193
10. El gol inconfundible	233
11. <i>Futbol</i> desnudo	259
12. Un partido sobre dos hemisferios	285
13. Una tortuga con sombrero de copa	295
14. Perdimos porque no ganamos	325
15. Diálogo socrático	367
Posfacio a la edición de 2003	383
Posfacio a la edición de 2014	387
Apéndice I. Notas sobre los capítulos	401
Apéndice II. Los clubes	415
Apéndice III. Brasil en Copas Mundiales	423
Apéndice IV. Cómo hacer un balón brasileño en cuatro pasos	433

<i>Obrigado</i>	435
Créditos fotográficos	437
Índice	439



1

El partido en el fin del mundo

Desde su ventana en la aldea de Toftir, Marcelo Marcolino mira la ladera nevada cubierta de sombras. Se queja de que es siempre igual, de que nunca un arcoíris ni un rayo de sol irrumpe en la helada tierra yerma. Fuera, el gélido viento no muestra piedad. Las calles están desiertas. De todas maneras, a Marcelo no le gusta salir de casa; se pasa la mayor parte del día viendo la televisión por satélite en idiomas que no comprende.

Marcelo siempre quiso ser futbolista. Fue su sueño desde que era un niño, en Copacabana. Quizás en el Flamengo, su club favorito en Río de Janeiro. O incluso para su rival, el Fluminense, donde su padre jugó una vez. Nunca imaginó que acabaría ganándose la vida en el adusto Atlántico norte, donde la temperatura media en verano es diez grados inferior a la del invierno brasileño. Donde llegó una vez, para jugar un partido, en un barco de pescadores.

Las Islas Feroe se encuentran a medio camino entre Escocia e Islandia. Probablemente las descubrió el monje irlandés San Brandán, que navegó junto a ellas a principios del siglo VI. San Brandán buscaba Hi-Brasil, la mítica isla de los Bendecidos* y, según algunos académicos, origen del nombre del actual Brasil. Un milenio y medio después son las Feroe las islas que descubren viajeros tropicales viajando en la dirección opuesta. Han hallado su propio, amargo paraíso.

* Hi-Brasil, Hybrasil o Isla Brasil es una mítica isla inexistente, que estaba perpetuamente envuelta en neblina excepto por un día cada siete años, en que se la podía ver pero no alcanzar. Aparece en numerosos mapas marítimos antiguos y es sujeto de leyendas y mitos. [*N. del T.*]

Marcelo oyó hablar de las Feroe por primera vez cuando le llegó la oferta del B68 de Toftir. Recogió su visado en el consulado danés de Río de Janeiro. Le dijeron que llevase un abrigo. No fue suficiente. Al llegar a Copenhague para el cambio de aviones respiró por primera vez aire helado. «Oh, Dios mío», pensó, «quiero volver a casa.» El B68 le dio la bienvenida en el aeropuerto de la isla de Vágur, en el extremo occidental del archipiélago, la única bendecida con una llanura suficiente para construir una pista de aterrizaje. De allí lo llevaron a Toftir, lo que implicó tomar un *ferry* y una hora de coche por los irregulares contornos de la isla. Comprobó que el paisaje, sin árboles, estaba completamente blanco. Era la primera vez que veía nieve.

Incluso para los criterios de las Islas Feroe, Toftir es pequeña y remota. La población del pueblo es de 1.000 personas, aproximadamente una vigésima parte de la de la capital, Tórshavn. Toftir es un asentamiento de unos pocos centenares de casas a ambos lados de una calle costera azotada por el viento. Las casas son cubos regulares con tejados limpios. Toftir no posee cines, restaurantes ni pubs. Tiene un mercado de pescado, una piscifactoría y una iglesia. Y un club de fútbol con tres brasileños.

Cuando llegué a casa de Marcelo, a la hora de comer, estaba dormido. Ahora, diez minutos después, está despierto, moviéndose con la energía de un niño hiperactivo. «Esta casa es mi prisión», dice. «Es difícil. Estoy acostumbrado a otra cultura: playa, cervezas, mujeres. Aquí la gente no vive. No se sale.»

Marcelo, que tiene veintinueve años, ofrece exactamente ese aspecto. Solía ir rapado, pero se ha dejado crecer el pelo unos centímetros para combatir el frío. Su piel negra es algo más clara de lo habitual en Brasil, consecuencia de los días sin sol de Toftir. Tiene una elegante postura, de pie, hablando con desdén, agitando los brazos y resoplando. Tiene una mirada arrogante y le gusta el sonido de su propia voz. Lo inclemente de su nuevo entorno no parece disminuir su cálida exuberancia.

Le pregunto si sale los fines de semana.

«Ya no», contesta. «Hay una hora en autobús hasta Tórshavn, y no hay gran cosa que hacer allí, en cualquier caso. Solían invitarnos a fiestas, pero las fiestas eran más como... *sepelios*.»

Se da cuenta de que ha ido demasiado lejos en sus críticas. Se calma y cambia de tono.

«Pero soy feliz. No me quejo. Estoy aquí porque soy profesional, porque tengo la oportunidad de ganar dinero. En Brasil nunca ganaría lo que estoy ganando.»

El B68 sólo entrena dos horas al día. Por la mañana, su goleador internacional trabaja en el mercado de pescado de Toftir. Acarrea cajas cargadas de bacalao y rape de los pequeños barcos pesqueros a los muelles. No es obligatorio, pero el presidente del B68 les anima a hacerlo. Y ya le va bien: el presidente del B68 está a cargo del desembarco de pescado en el mercado de Toftir. Hay muchos peces en el mar: necesita todas las manos que pueda conseguir.

Marcelo, que no es el tipo de hombre acostumbrado al trabajo duro, intenta hacer lo mínimo posible. Me dice que considera que su trabajo es meter goles. Goles elegantes, *brasileños*. Puede que esté en las Islas Feroe, pero no ha perdido su orgullo nacional.

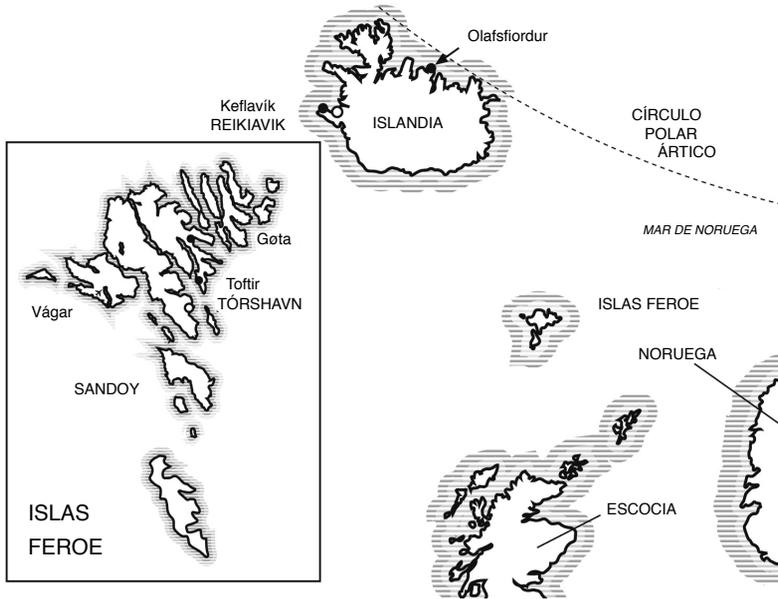
De repente desaparece para ir a buscar un trofeo plateado que trae de su habitación. Me lo enseña, orgulloso: «Es por el mejor delantero de la liga de las Feroe en 2000. En la última temporada nuestro máximo anotador hizo dieciséis goles. Yo hice quince. Pero él marcó un montón de ellos de penalti. Soy mucho mejor que él, pero es amigo del entrenador».

A Marcelo le gusta ser un pequeño pez tropical en un pequeño mar del norte. «Aquí soy el rey», dice. «Nadie puede hacer lo que yo hago.»

También sabe que está viviendo su sueño, pese a la triste realidad. Todo brasileño quiere jugar en Europa.

«Cuando regrese a Río la gente me tratará de otra manera, fanfarronea. «Es como si fuera de la realeza. La gente se da cuenta de que eres una persona importante. Nadie más de mi barrio ha jugado en Europa. Si dices que juegas para un pequeño equipo local se ríen de ti, como si el equipo no fuera nada. Los brasileños te respetan más si juegas en Europa. La gente mira con otros ojos.»

Se detiene nuevamente y añade: «podré decirle a mis nietos que fui alguien».



A menos que uno escuche el parte meteorológico para pescadores de Radio Four o que importe bacalao, hay pocas razones para conocer de la existencia de las Islas Feroe, una zona autónoma de Dinamarca en la que viven 47.000 personas. Las remotas islas tienen una de las ligas de fútbol más pequeñas de Europa; su selección nacional es una de las más débiles del continente. Una victoria por 1-0 contra Luxemburgo provocó la histeria nacional.

Me encuentro con Niclas Davidsen, presidente del B68. Tiene el aura bidimensional de un recortable de cartón. Sus manos están siempre en los bolsillos a causa del frío. Cuando habla susurra, parece que no mueva los labios. Su complexión rubicunda, cincelada por el viento, tan sólo se ve endulzada por la calidez de su barba pelirroja y sus pequeños ojos azules. Me invita a su casa. Nos sentamos en el salón, que tiene una foto del Pan de Azúcar de Río de Janeiro en la pared.

Niclas me cuenta que el B68 es un club pionero. Me pone un video para enseñarme por qué. La historia comienza el 12 de septiembre de 1990, un día que, asegura la voz en *off*, «vivirá mu-

cho tiempo en la memoria de los feroeses». Las Islas Feroe, en su debut internacional en Suecia, ganaron 1-0 a Austria. Cuando el equipo regresó, se los recibió como a héroes, en escenas que recordaban más a «las calles de Sudamérica que al formal Atlántico norte». Niclas parece en trance, pese a que seguramente ha visto el video más de un centenar de veces.

Las Feroe no podían jugar en casa porque no tenían un estadio a la altura de los requisitos del fútbol internacional. De modo que Niclas reunió 1,5 millones de euros para mejorar el campo del B68. Se trataba de una tarea complicada. Toftir no tiene zonas llanas. Los ingenieros necesitaron 15 toneladas de dinamita para volar la ladera pedregosa que se levantaba a las afueras del pueblo. Durante un año, los obreros trabajaron diez horas al día, seis días a la semana, hasta que la remota Toftir obtuvo el estadio nacional de las Islas Feroe, con una capacidad de ocho veces su población.

El video acaba. Niclas me mira. Después, me dice, lo único que necesitaba el B68 eran buenos jugadores.

La ayuda llegó de la mano de un amigo islandés, Páll Guðlaugsson, que solía entrenar a la selección nacional de las Islas Feroe. Páll llamó a Niclas y le dijo que se iba a Río a contratar algunos brasileños. ¿Quería tomar parte en el asunto?

Pocas cosas son tan capaces de calentar tanto las frías extremidades de un aficionado al fútbol de las Feroe como la sugerencia de que un futbolista brasileño vista la camiseta de su club. «Simbólicamente es muy poderoso tener brasileños», dice Niclas. «Y Páll me dijo que había muchos brasileños desesperados por salir.» El precio del pescado estaba alto. El B68 tenía dinero en el banco. Niclas llamó a su amigo islandés y le pidió cuatro.

En marzo de 1999, Marcelo Marcolino, Messias Pereira, Marlon Jorge y Lúcio de Oliveira llegaron a Toftir. Otros dos brasileños volaban con ellos, contratados por el GÍ, otro equipo mediocre de otro pueblo remoto con 1.000 habitantes, una piscifactoría y una iglesia.

Aquel año no eran los únicos brasileños que se aventuraban en el extranjero. En 1999 se realizaron más de 650 transferencias. Los brasileños se extendieron a lo largo y ancho del planeta, formando parte no sólo de los clubes más competitivos del pla-

neta, sino también, entre otros, de clubes de Armenia, Senegal, China y Jamaica. En 2000 el éxodo continuó al mismo ritmo, e incluyó el Líbano, Vietnam, Australia y Haití. Unos 5.000 brasileños juegan profesionalmente en otras latitudes, según la Confederación Brasileña de Fútbol. El número cuadruplica el de diplomáticos brasileños. En cierto modo, la diáspora de futbolistas es un servicio diplomático paralelo; los deportistas son, además de emigrantes económicos, embajadores culturales. Allá donde vayan son figuras públicas que promueven el legado futbolístico de su nación.

Toftir recibió a su legión brasileña con entusiasmo. Los niños se rasuraban sus cabellos rubios para parecerse a las nuevas incorporaciones. Se entrevistó a los jugadores en las televisiones y diarios locales. Pero las expectativas del B68 no se cumplieron de inmediato. Jugar sobre nieve no era lo mismo que jugar sobre arena. Los chicos de Brasil no se adaptaban. Lúcio se lesionó y regresó a casa. El B68 acabó la liga en el puesto 7 de 10.

Niclas perseveró. El equipo mejoró. El B68 quedó tercero en el campeonato de 2000. Marcelo ganó el trofeo al Mejor Delantero y los contratos se renovaron para 2001.

Niclas admite que se trataba de una apuesta. «Sólo conocíamos jugadores brasileños que salían en la televisión, como Pelé y la selección», dice, circunspecto. «Pero no sabíamos si los que habíamos contratado eran buenos. Ahora sabemos que lo son. Especialmente Marcelo.»

El tercer puesto trajo consigo un codiciado premio: calificarse para la Copa Intertoto de la UEFA. Puede que las naciones más fuertes futbolísticamente desprecien la Intertoto, pero para los clubes periféricos de Europa es la cima de la gloria internacional. Ningún equipo de las Islas Feroe ha pasado de la primera ronda. Con tres brasileños, sin embargo, quizá logran romper la mala racha nacional.

El despertador comienza a sonar a las 6.00. Messias Pereira se despierta y lee sus cinco salmos diarios. La Biblia le ayuda en su soledad. Hoy es un gran día. B68 juega contra B71. Podría parecer un duelo entre bombarderos americanos o complejos

vitamínicos, pero la realidad es menos dramática: es un partido de la liga de las Feroe.

El B71 tiene su base en Sandoy, una isla a la que sólo se puede acceder en barco. Niclas nos conduce hasta el *ferry* a primera hora. La ruta nos lleva a través de una ventisca, lluvia torrencial y momentos de sol radiante. Cada tantos cientos de metros, el autocar se ve obligado a tomar una cerradísima curva costera y penetramos en una zona de condiciones climatológicas violentamente diferentes a las de la anterior.

Marcelo se encuentra lesionado y se ha quedado en casa. Los otros dos brasileños (Messias y Marlon Jorge) parecen desear haberlo hecho, también. En el *ferry* se sientan juntos, uno contra el otro para mantener el calor. Messias lleva puesta una cazadora tejana con collar de falso borreguito. Sus compañeros de equipo feroeses visten sus equipos deportivos del B68 y hablan a voces en la zona de descanso del barco.

Messias, de veintiocho años, es un caballero. Lleva una perilla que lo hace parecer piadoso y distinguido. Marlon, de veinticuatro, tiene marcadas líneas de preocupación en su frente. Es el más listo de los brasileños, y el único que ha aprendido suficiente feroés como para ir más allá de una charla de monosílabos. Vive con su mujer brasileña, Ángela, que cambió su trabajo de conductora de autobús en Copacabana por el de saladora de pescado en el mercado de Toftir. Fue un intercambio que la hizo feliz, pues le gusta el estatus de esposa de futbolista.

Hoy Marlon está visiblemente callado. Se pone muy pálido cuando el barco comienza a moverse. Se disculpa y desaparece en dirección a la cubierta. Eso me da la oportunidad de hablar a solas con Messias, el más callado de los tres brasileños del B68. «El fútbol es mi vida», me dice. «Es con lo que me gano el sustento. Me considero muy afortunado de estar aquí.» Ahora el gélido *ferry* se zarandeo de lado a lado. La lluvia cae a cántaros sobre los ventanales.

«Pero también creo que he tenido mala suerte de no jugar en algún lugar mejor.»

Messias cree que su carrera tiene más futuro en las Feroe que en Brasil, donde Marlon y él jugaban en la segunda división de la liga estatal de Río. Ganaba unas 50 libras al mes. Ahora gana varios cientos, sin incluir el trabajo en los muelles. «Decidí

regresar esta temporada porque aquí juego en primera división y tendré la oportunidad de jugar la Intertoto.»

El partido entre el B68 y el B71 tiene lugar en el fin del mundo. O eso parece. El lugar es inhóspito y desolado. Estamos en un valle rodeado por muros de piedra y nubes de nieve. Hay unos cincuenta espectadores. Hace demasiado frío para verlo desde afuera, así que lo miran desde dentro de sus coches.

El nivel del juego es tan moribundo como su entorno. Marlon da un pase inteligente y crea el primer gol del B68. Aparte de eso, los brasileños no destacan. Nadie destaca. Messias juega bien, pero hacia el final del partido lo sustituyen. Se lo toma a mal y entra dando portazos en el vestuario. «Hay mucha presión porque eres brasileño. Has costado mucho dinero al club. Algunos jugadores del club cometen errores pero no se los tienen en cuenta; si los cometemos nosotros es diferente.»

El B68 gana 2-0. Me comentan que el tiempo fue benigno. Una vez el viento era tan fuerte que el árbitro ordenó que todos los jugadores se pusieran en cuclillas sobre el suelo para que una ráfaga no se los llevara.

Durante el viaje de vuelta en el *ferry*, tengo la oportunidad de hablar con algunos de los jugadores feroeses del B68. Pregunto a Hans Froði Hansen, defensa central que también juega en la selección, qué aportan los brasileños al equipo. Es alto, tiene el pelo largo y rubio cubierto por una gorra roja de lana del Liverpool FC.

Al principio, Hansen describe a los brasileños como gente muy positiva. Le pregunto cómo lo sabe, si ninguno de ellos habla bien en feroés. Se lo piensa un momento: «Las pocas palabras que dicen son muy positivas», responde con una amplia sonrisa.

Hansen explica que el fútbol feroés es un fútbol de fuerza física. Es bueno tener brasileños porque tienen mejor técnica y toque.

Pero añade que no se han adaptado al estilo feroés. Para él, lo mejor de los brasileños es lo psicológico. «Cuando piensas en Brasil piensas en samba, sonrisas y baile. Eso es muy bueno para nosotros.»

En su perfecto inglés con acento escandinavo, Hansen está expresando una verdad universal del deporte: que el fútbol europeo tiene un atractivo único. Es algo que se remonta a 1938,

aunque la confirmación llegó con los tres campeonatos del mundo de 1958, 1962 y 1970. La brillantez de Brasil se consagró porque, además de ganar, lo hizo con un ímpetu inigualable. En 1970, la victoria quedó realizada por la llegada de la televisión en color, que inmortalizó a Pelé y a las camisetas amarillas en el hasta entonces mundo en blanco y negro del fútbol. El impacto fue tan abrumador que, pese a no haber vuelto a jugar nunca a ese nivel, su legado aún se siente por todo el mundo. Incluso en un partido de la gélida liga de las Islas Feroe.

Todo brasileño está tocado por la magia del «bello juego». La frase «futbolista brasileño» es como las frases «chef francés» o «monje tibetano». La nacionalidad expresa una autoridad, una innata vocación por el oficio, sea cual sea su habilidad real. Intuyo que los jugadores feroeses no puntúan a Marlon y Messias, pese a gustarles lo que representan. Se lo pregunto al entrenador, Joannes Jakobsen. Intenta ser diplomático: «Si los brasileños hubieran venido hace quince años, hubieran sido mucho, mucho mejores que nosotros. Pero somos un pueblo orgulloso y estamos mejorando, especialmente si se tiene en cuenta los pocos que somos. El fútbol en las Islas Feroe ha cambiado».

Le pregunto cómo. «Ya no perdemos tanto como solíamos», me responde.

Pregunto a Joannes si le gustaría contratar más brasileños. «Me gustaría contratar más jugadores feroeses porque reforzaría la selección y debilitaría la competición. También creo que es difícil, para las personas de otras nacionalidades, adaptarse a nuestra manera de vivir.»

Añade: «pero como personas son geniales».

Mientras conducimos de vuelta, después del *ferry*, al final de un día de doce horas, pregunto a Marlon y Messias qué opinan de la calidad media de los jugadores feroeses.

Ambos están convencidos de que son mejores que sus compañeros de equipo, sólo que los feroeses son demasiado ignorantes para darse cuenta. Y una vez que empiezan ya no se muerden la lengua a la hora de hacer más críticas. Los feroeses, dicen, sencillamente no comprenden el fútbol. Para empezar no rezan antes de los partidos. No practican tácticas. Y no ofrecen primas por victorias. «En Brasil nos dan un poco de dinero extra por

cada victoria y la mitad por un empate», dice Marlon. «Aquí no nos dan nada. ¿Dónde está el incentivo?»

Marlon cree que si fuera feroés lo llamarían para la selección nacional. Ha decidido que se trata de una de sus ambiciones. «Me han dicho que si juegas cinco temporadas en un país puedes optar. Uno ha de tener objetivos. Es lo que intentaré.»

Si alguna vez se nacionaliza feroés no será el primero de sus compatriotas en obtener la nacionalidad extranjera. Ha habido brasileños jugando para Japón, Bélgica y Túnez. La Federación Peruana de Fútbol pidió a Esídio, que es seropositivo, que se nacionalizase. En 2000 marcó 37 goles para el Universitario de Lima, el récord histórico de máximo goleador en una temporada de Perú.

Pero más que la oportunidad de representar unos desolados islotes daneses, la verdadera motivación de Marlon es la participación en la Intertoto, que tendrá lugar contra el Sporting Lokeren belga. Podría haber oteadores en el partido. Podría obtener una transferencia a un club de alguna nación futbolísticamente seria. Cuanto más piensa en ello, más importante le resulta.

«La idea es jugar realmente bien e irme a otro equipo que pague mejor.»

Pregunto a Niclas qué pasó con los dos brasileños contratados por otro equipo feroés, el GÍ. Me dice que uno regresó a Brasil pero que el otro, Robson, sigue viviendo en Gøta, de donde es el equipo. Se ofrece a llevarme allí.

Gøta, a veinticinco minutos en coche de Toftir, es una ciudad incluso más aislada, aunque enclavada en un entorno más bonito.

Domina una pequeña bahía rodeada por suaves laderas.

Llamo a la puerta de Robson. Queda claro que está excesivamente alegre de tener un visitante. Robson tiene la cara plana y redondeada, con gruesas cejas y piel aceitunada. Son los rasgos típicos de la gente de Paraíba, un pequeño y pobre estado a 1.800 kilómetros al norte de Río. Sus habitantes son víctimas de un arraigado prejuicio racial en Brasil. Se los ve como tontos rurales. Me da que sus propios compatriotas en B68 a duras penas mantienen contacto con él.

Robson me conduce hasta su sala de estar. Es una casa modesta pero acogedora. En una pared hay un póster en blanco y negro de un hombre arrojando a un bebé. En la mesita del café hay una cesta con manzanas. En la televisión en color están poniendo dibujos animados. Robson se sienta en el sofá: viste una gorra de béisbol y pantalones y chaqueta de chándal.

Saca una foto del álbum de cuando era jugador en Brasil. Es su único vínculo con el pasado. Miro las imágenes descoloridas de equipos, tomadas por cámaras de baja calidad con demasiada luz solar. Me da la impresión de que a Robson le causan tanta perplejidad como a mí. Me cuenta que solía jugar en la liga del estado de Paraíba con Marcelinho, que ahora juega para el Hertha de Berlín. Todo parecido acaba ahí. Robson nunca triunfó como futbolista en las Feroe. Jugó una vez para el GÍ, pero tan mal que nunca volvió a jugar.

Robson apuntó bajo... y falló el tiro. Intenta explicarse: con veintitrés años se había retirado del fútbol y había decidido cambiar de carrera profesional. Acababa de terminar un curso para guardia de seguridad cuando su antiguo agente le llamó. ¿Le gustaría calzarse sus botas una última vez? «Le respondí que no había jugado en dos años. Que no estaba en forma. Mi agente respondió: “bueno, pues ve a correr a la playa”.»

Es posible que la importación brasileña del GÍ hubiera decepcionado al equipo, pero el pueblo descubrió que él bien valía el coste del vuelo transatlántico. Comenzó en la piscifactoría, comprobando el género defectuoso y cortando cabezas de pescado. Robson era un trabajador tan meticuloso y honesto que se lo quedaron para la temporada 2000. Entonces conoció a Anja, una veinteañera de mejillas rosadas. Y nueve meses después nació Mateus, su hijo.

Mientras hablo con su marido, Anja limpia la casa. Habla un poquito de inglés. Y me dice que es más de lo que Robson habla de feroés. «Entiende mucho pero le resulta muy difícil hablarlo», dice, caritativa. Los veo conversar. Él murmura algo en portugués y ella le responde en feroés. Me siento extrañamente conmovido, dado que parecen afectuosos y contentos, pese a sus obvias limitaciones de comunicación.

«Había estado antes con rubias, pero ninguna tan atractiva como Anja», me dirá después Robson.

Con ayuda de la familia de Anja, la joven pareja estableció un hogar. Ella es ama de casa y él hace turnos de diez horas en la piscifactoría. Gana 230 libras a la semana. Suficiente para una vida decente. Hace poco compraron su primer coche.

Anja es una mujer delicada y atenta. Tiene el pelo de color rubio oscuro, recogido en una coleta. Le pregunto qué ve en su marido: «Es un caballero. Si le pidiera que limpiara el retrete lo haría. A los otros chicos que conozco les gusta beber y salir a bailar. A Robson no. Él prefiere trabajar y quedarse en casa con el bebé. Es un hombre de familia».

Robson sabe que si se hubiera quedado en Brasil nunca habría salido de la pobreza. En las Feroe se siente como un millonario. Posee todos los símbolos de estatus que los futbolistas brasileños aspiran a tener: casa, coche, una esposa rubia y un bebé. «Tengo todo esto gracias al fútbol», dice, orgulloso. «Nunca habría obtenido todo esto en Brasil. Ahora vivo en un país en el que es posible construirse un futuro. No me cabe duda de que mi vida es ahora mejor. Gracias a Dios todo va bien.»

Pero estas palabras no pueden disimular la melancolía por estar completamente solo en una tierra extraña. No tiene amigos, aparte de su mujer, ni posibilidad alguna de regresar a Brasil. Dice que a veces piensa en volver pero que sabe que se engaña a sí mismo. Los padres de Anja no quieren que la pareja se vaya a Brasil. Y con razón: si lo hicieran, Robson nunca conseguiría ganar ni la cuarta parte de lo que gana ahora. Robson sabe que se quedará en las Islas Feroe toda su vida.

El día que me voy de las Islas Feroe debo estar pronto en el aeropuerto. Niclas presta a Marlon su coche para llevarme allí. Estamos a mediados de abril y nieva. Marlon acaba de aprender a conducir. El coche ruge por las calles de la isla. Le pido que disminuya la velocidad, dado que me da la impresión de que no tiene mucha experiencia conduciendo en condiciones de helada. No es algo que te enseñen cuando te dan el carnet en Río de Janeiro.

En una sección recta de la calle acelera hasta los ochenta kilómetros por hora y pierde el control. El coche patina sobre la superficie helada. Marlon pisa a fondo el pedal del freno. En

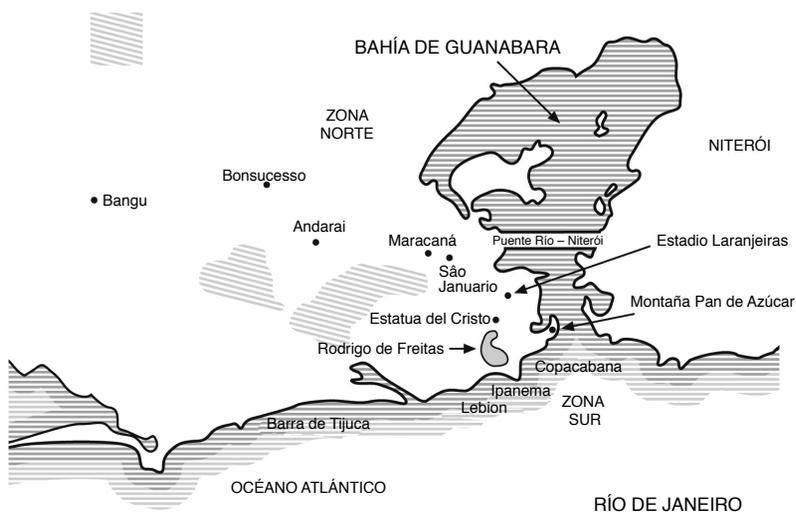
lugar de frenar, el coche comienza a rotar y acabamos en sentido opuesto en medio del camino.

Me deja en el *ferry* que se dirige al aeropuerto. Hace 1 °C y la nieve se ha convertido en lluvia.

«¡Buena suerte en la Intertoto!», le grito, mientras me despido.

Varios meses antes de viajar a las Islas Feroe había conocido a Marlon y Marcelo en las playas de Copacabana. Hacía tanto calor que el sudor me resbalaba por las cejas, caía sobre mi cuaderno y borraba la tinta. Nos sentamos en bañador y bebimos agua de cocos verdes. Marcelo llevaba gafas de sol y un collar de oro. Sonreía y silbaba a las mujeres que pasaban. Me contó que había aprendido a jugar a fútbol en la playa, dado que vivía a sólo cuatro calles de ella.

Cuando Marcelo regresa a Toftir, visito a su familia. Conduzco hasta Copacabana, el barrio más densamente habitado de Río. Tiene cuatro veces la población de todas las Islas Feroe. A cuatro manzanas de la playa tomo una calle empedrada con una abrupta pendiente. La sigo hasta hallarme bastante por encima del *skyline* de Río. Ésta es una ciudad invertida, en la que los ricos viven a pie de playa y los pobres en *favelas*, en barriadas sobre las



montañas. Llego a la Colina de Cabritos y aparco el coche. La favela es un amontonamiento no planificado de sencillas viviendas de ladrillo que se extiende como una urticaria sobre la ladera. En las calles, los niños vuelan cometas y los hombres beben cerveza. Subo un empinado callejón de escalones de cemento. Mi presencia provoca atención. Paso junto a un plato de arroz balanceándose sobre una pared, una ofrenda a dioses afrobrasileños. En el patio de un vecino hay un gallo de pelea enjaulado. La vida en la favela parece tener tanto de precaria y caótica como la vida en Toftir de aburrida y segura.

La madre de Marcelo, María Nazareth, me está esperando. Antes de que me invite a pasar, observo bien el lugar. Desde su casa se puede ver la montaña Pan de Azúcar, la bahía de Guanabara, los edificios de Copacabana y, más allá, el profundo azul del océano Atlántico.

Pasamos a través de una puerta que tiene botellas de Coca-cola de plástico alineadas sobre el dintel. María Nazareth es delgada como un poste y tiene una cara dura y expresiva. Cuando se ríe lo hace a carcajadas, y eso es muy a menudo. Su hogar es un habitáculo cuadrado dividido en dos habitaciones y una sala de estar. En una pared tiene una foto de Marcelo posando con un equipo. En la pared opuesta, ha colgado el banderín del B68 y de la Asociación de Fútbol de las Islas Feroe. Se nos une Dilma, su hija, que vive en la misma manzana. Vilma, otra hija, vive en la puerta contigua. Ilma, la hija mayor, se ha ido del barrio.

«Cuando Marcelo nos dijo que se iba «nos asustamos muchísimo», dice Dilma. «No sabíamos nada del lugar al que iba. Ni siquiera sabíamos dónde quedaban las Islas Feroe. Ves tantas cosas por la TV, acerca de jugadores vendidos a países extranjeros, a los que no cuidan, que pasan hambre y ni siquiera tienen dinero para volver...»

María de Fátima, la cuñada de Marcelo, entra e insiste en cocinarme un pastel. Para entonces la sala de estar ya contiene cinco niños. Uno de ellos, un niño pequeño, me cuenta que él juega para un equipo de fútbol en la playa. Dice que, cuando crezca, quiere ser como su tío y jugar en Europa.

Los Marcolino son una familia futbolística. María Nazareth tenía dieciséis años al casarse con su marido, que jugaba

como profesional para equipos de la ciudad. Nunca ganó suficiente como para abandonar la favela. Sus amigos le decían que si sus hijos eran la mitad de buenos que él, deberían ser futbolistas también. Marcelo comenzó en las divisiones junior del Fluminense y del Botafogo, dos buenos clubes locales. Comenzó a jugar como profesional en el Madureira, un débil equipo de los suburbios, y de allí pasó progresivamente por clubes cada vez más abajo en la cadena alimenticia brasileña. Hasta que se cayó del fondo y acabó en la otra punta del mundo.

Si Marcelo no hubiera heredado la habilidad futbolística de su padre tendría un trabajo como el de sus contemporáneos de Colina Cabrito, que son camareros, doncellas, mensajeros motorizados; el extremo más bajo del mercado laboral, al servicio de la clase media de Copacabana, allá abajo. Dilma me cuenta que trabaja en una fábrica de bikinis.

El pastel llega y lo comemos con un refresco de guaraná. María Nazareth cree que comprende cómo funciona el fútbol, dado que tanto su marido como su hijo se dedicaron a este deporte. «Hay tantos buenos jugadores en Brasil que para tener éxito tienes que tener a alguien detrás. Él halló a ese alguien allá en Dinamarca. Allá tiene éxito, la gente lo adora.»

María Nazareth instaló su primer teléfono el año pasado. Dice que sabe que la decisión de Marcelo de irse fue la correcta porque cada semana la llama y le dice: «Mamá, he marcado un montón de goles».

Dilma añade: «Luchó muy duro para ser futbolista. Es feliz porque está haciendo lo que siempre quiso».

A tres kilómetros de Colina Cabritos se encuentra Leblon, uno de los vecindarios más acomodados de Río. Fábio Menezes vive en él con sus padres y 420 camisetas de fútbol.

Me invita a ver la colección. Las camisetas están dispuestas en una larga línea. Unas cuantas, con autógrafos famosos, no se han lavado, lo que otorga a su habitación el olor a cerrado de un mercadillo benéfico.

«Apuesto a que no adivinas cuál es ésta», me dice, señalando una camiseta azul con las iniciales KSI. Tiene razón. No tengo ni idea.

«Es la camiseta de la selección nacional de Islandia. Es de cuando jugaron contra Brasil en Florianópolis. Brasil ganó 3-0. Fue el primer partido de Ronaldo con la selección y marcó un gol.»

Disfruta impresionándome con sus conocimientos. Selecciona otra camiseta.

«Ésta es realmente difícil.» Antes de que yo pueda elegir entre una mirada de perplejidad y una de asombro, dice: «South Melbourne. Campeonato del Mundo de Clubes. El año pasado. Casi imposible de encontrar».

Lo felicito por tener una prenda tan rara. Me muestra otras piezas menos importantes de su olorosa colección. Me explica que la colección comenzó debido a que su padre es un famoso periodista deportivo de la radio, que pudo hacerse con muchas camisetas de equipos gracias a sus contactos personales con jugadores. Una pieza auténticamente de coleccionista es la camiseta de la única vez que la selección nacional brasileña exhibió publicidad en su camiseta («contra Chile, en Uberlândia, 1987»). pero de alguna manera me resulta menos sorprendente que la cantidad de zamarras que posee de clubes escandinavos.

Fábio tiene treinta y dos años. Es un hombre grande, con la cara pálida y cada vez menos pelo. Abandonamos el piso, en un complejo vigilado, y caminamos hasta un restaurante cercano. Es uno de los días más fríos del invierno brasileño: unos «gélidos» 15 °C. Los brasileños se abrigan con chaquetas y paravientos. Excepto Fábio, que va en camiseta de manga corta y chancletas. «Es el clima ideal para mí», me dice, caminando bajo la llovizna sin paraguas. «Nunca volveré a resfriarme.»

Fábio pasará a la historia como el hombre que impulsó al fútbol brasileño a sus extremos septentrionales. Como los exploradores polares que llevaron a la humanidad a nuevos límites, él llevó a sus compatriotas más al norte de lo que nunca habían ido antes. Él es el primer agente en exportar futbolistas brasileños a Islandia y las Islas Feroe.

Entramos en el primer restaurante que encontramos, un local acabado de abrir que ofrece cocina vegetariana. Nos sentamos y me cuenta cómo lo hizo: «Es más fácil colocar un futbolista brasileño en un equipo que colocar a un jugador de cualquier otra nacionalidad», me dice. «Hay una obsesión mundial por los

brasileños. Es triste decirlo, pero es más fácil vender un patán brasileño que, pongamos, un mexicano brillante. El brasileño viene con la imagen de felicidad, de fiesta, de carnaval. Más allá de su talento, es muy seductor tener un brasileño en el equipo.»

Esta demanda, me asegura, se suple con un suministro constante. Hay 23.000 futbolistas profesionales en Brasil. Juegan en más de 500 clubes profesionales. Fábio dice que una de las razones por las que ha crecido la exportación es el crecimiento del mercado interno. «Hay más jugadores que nunca antes porque hay más clubes que nunca antes. La mejor manera de proyectarse, en Brasil, es construir una iglesia o un club de fútbol. Brasil es un país sucio. La gente emplea los clubes de fútbol para sus propios propósitos.»

Fábio asegura que, aunque no todo brasileño es un buen jugador, hay suficientes traspasos con éxito como para que sobreviva el romántico legado de Pelé. Añade: «También es económico. Los brasileños son mano de obra barata». El violento contraste de los paisajes urbanos de Río tiene su imagen refleja en el fútbol. Los mejores jugadores de los mejores clubes ganan salarios comparables a los de sus colegas de los clubes más ricos de Europa. Sin embargo, la mayoría de futbolistas apenas ganan lo suficiente para ir tirando. Casi el 90 por ciento gana menos de 100 libras al mes.

Cada viernes compro el semanario de fútbol *Placar*. Cada número cubre a algún brasileño que juega en el extranjero. La sección se llama «El Fin del Mundo». Es la lectura más adictiva de la revista, pues las historias son una mezcla de tragedia y alegrías sin final. Invariablemente, los brasileños realizan las mismas declaraciones, estén en Singapur, la India, Guatemala o el Kazajistán: ganan más dinero del que ganarían en Brasil, que de todos modos es un mercado demasiado competitivo, pero añoran terriblemente las habas con arroz de sus mamás. Fábio me dice que está sobrepasado de demandas de brasileños que quieren jugar en el extranjero. Muchos prometen traerle certificados de nacimiento falsificados haciéndoles pasar por más jóvenes, con la esperanza de resultar más atractivos. Ningún país es demasiado pequeño, ni demasiado remoto, ni demasiado inhóspito.

Pregunto a Fábio por qué decidió convertirse en agente. Dice que ocurrió por una casualidad familiar. A principios de la década de 1990, mientras era un estudiante de Derecho en la Universidad Católica de Río, pasó un verano de mochilero por Europa. Visitó a un periodista finlandés que su padre había conocido como comentarista de un amistoso de la selección brasileña en Helsinki. Un año más tarde el finlandés llamó a Fábio, que estaba en Río. El FC Jazz de Pori, una pequeña ciudad a 200 kilómetros de la capital finlandesa, quería contratar un jugador brasileño. ¿Podía ayudar?

Lo pensó cuidadosamente. El Bangu, su equipo favorito de los suburbios de Río, tenía un excelente goleador llamado Dionísio. Fábio contactó con el club. Enviaron a Dionísio al FC Jazz en cesión. Fábio ganó 1.000 libras, una buena suma para un estudiante sin dinero. Dionísio fue un gran éxito. Lo transfirieron a otro club, el TPV, donde fue máximo anotador y el club, campeón de la liga finlandesa.

Ser un agente internacional parecía fácil. Era un trabajo informal, basado en sus redes de amigos. Fábio vendió un jugador más al FC Jazz y, tras graduarse, comenzó a buscar jugadores en la segunda división de Río. Sus contactos escandinavos se congelaron durante un tiempo, hasta que en 1998 Islandia llamó.

Era Páll Guðlaugsson. Había visto al FC Jazz en la Intertoto y pensó que el brasileño del equipo finlandés le proporcionaba una ventaja. Dijo a Fábio que quería unos cuantos: tres para su equipo, el Leiftur, y seis para sus amigos de las Islas Feroe.

El islandés compraba a bulto. Fábio hizo unas llamadas y reunió con prisas a algunos jugadores. Páll voló hasta Río y le gustó lo que vio. Cerraron el trato con un apretón de manos. Páll invitó a Fábio a vivir en Islandia, dado que hablaba inglés y podía hacer de intérprete. Fábio fue para allá. Se quedó dos años y medio.

«El fútbol abre puertas», dice. «Incluso con el grado en Derecho, tenía más posibilidades de ganar dinero en Islandia que en Brasil.»

El Leiftur es un equipo de Ólafsfjörður, un pueblo pesquero de 1.000 habitantes situado en la costa norte de la isla, a seis horas en coche desde Reikiavik y sólo 50 kilómetros al sur del Círculo Polar Ártico. Gracias a su estatus como agente de brasileños, Fábio

consiguió un trabajo de oficina en una compañía pesquera. Por las tardes trabajaba en una piscifactoría para aprender islandés.

Le pregunto si fue una época feliz.

«¿Feliz en cuanto a dinero?», responde.

Tras seis meses en Ólafsfjörður, otro equipo islandés le pidió jugadores brasileños. Keflavík, una ciudad cercana a Reikiavik, quería tres. Fábio voló a Río y reunió a algunos candidatos.

«Si tuviera más tiempo podría conseguir jugadores mejores. Lo realmente difícil es el nivel cultural. El nivel intelectual. La mentalidad brasileña es diferente», dice. Le pregunto si el problema era el idioma, el estilo de juego o (quizás) la dieta islandesa.

«Los tres tipos que envié estaban de regreso antes de un mes», dice, sombrío. «Los pillaron robando relojes en los vestuarios.»

Fábio vivió en Keflavík durante año y medio. Trabajó en otra empresa de exportación de pescado y durante los fines de semana era el camarero de pizzería más cualificado de Islandia. «No tenía nada más que hacer. Mi vida era trabajar y ahorrar dinero.»

Parece traumatizado por la experiencia, como si hubiese estado en un exilio forzoso. Me repite que nunca volverá. Nunca se permitió tener una novia que le calentara las frías noches. «No quería quedarme allí el resto de mi vida. No estoy loco. Ni quería traer a nadie de allí a vivir aquí.» Cada vez que las sombras se apoderaban de él se iba hasta su abrigo, donde guardaba el dinero que ganaba en dólares, y contaba los billetes uno por uno. «Era mi medicina. Siempre me hacía sentir mejor.»

Su ira reprimida se desborda cuando hablo de los feroeses. Describe a Niclas Davidsen, presidente del B68, como un estafador, y a sus brasileños como cabrones indignos de confianza. Cuando Fábio llevó a sus jugadores, nadie le dijo que allí los impuestos son del 40 por ciento. Cuando los jugadores lo descubrieron, renegociaron su contrato directamente con el club, dejando de lado a Fábio.

«Esas personas... no son nada», escupe. «Volverán y vivirán en sus favelas y yo no moveré un dedo por ayudarles.»

Le sugiero que Fábio es también algo así como un timador, por vender jugadores de bajísimo nivel. Tiene que ser difícil encontrar un brasileño como Robson, que es malo incluso para los estándares de las Feroe.

«Un jugador realmente bueno nunca querría ir a jugar a las Islas Feroe. Así de simple. Sólo un jugador realmente desesperado puede querer ir a jugar allí. Allí no hay futuro.»

«Pero Robson no es *tan* malo», insiste, «ciertamente es lo suficientemente bueno como para jugar en las Feroe. Lo deben haber relegado por alguna otra razón. Podrían ser celos. Los brasileños suelen despertar celos en los demás, ¿sabes?».

Fábio respeta a Robson. Me cuenta cómo se conocieron. «El hermano de Robson ha sido mi peluquero durante años. Robson es un buen hombre. Es sincero y leal. Le di una oportunidad de mejorar su vida.»

¿No se siente un poco responsable de que Robson se encuentre atrapado en un país extranjero?

«¿Qué puedo hacer? No puedo pensar por su polla. Pero ¿acaso no le va mejor allí que pasando hambre aquí? Estoy contento de que tenga un nivel de vida decente.»

Nuestra conversación deriva hacia la Copa Intertoto. Una semana antes, el B68 había jugado su esperado encuentro contra el Sporting de Lokeren.

La ida se disputó en las Islas Feroe. El Lokeren es uno de los clubes más multinacionales de Europa, con jugadores procedentes de Guinea, Costa de Marfil, Gambia, Islandia, Yugoslavia y Bosnia. A Toftir envió un once de reservas belgas y congoleños.

La tarde del partido hacía frío y viento. Sólo unas 300 personas se atrevieron a enfrentarse a los elementos y acudir al estadio. A los diez minutos Lokeren se adelantó.

A los 30, Marcelo igualó el partido. Siete minutos después el B68 volvía a marcar. Durante un momento pareció que los feroeses estaban a punto de conseguir una victoria histórica. Pero justo antes de que sonara el silbato para el descanso los belgas igualaron nuevamente el encuentro.

Sosialurin, el diario feroés, escribía: «El Lokeren puso en el campo un equipo joven e inexperto, pero en la segunda mitad se hizo cada vez más obvio que estaban en mucha mejor forma que los jugadores del B68. En los últimos veinte minutos el Toftir no tenía aliento, y podría haber perdido fácilmente por más del 2-4 del final. Los marcajes eran casi inexistentes y más de una vez los visitantes superaron en número al equipo local en los contraataques».

Una semana más tarde, la escuadra del B68 volaba a Bruselas, para un viaje en autobús de una hora hasta Lokeren. Los tres aficionados feroeses que viajaron con el equipo vivieron un aburrido partido de vuelta en el que ambos equipos se contentaron con defender. Acabó 0-0.

El Sporting de Lokeren no es un equipo fuerte. Ni siquiera su once titular, calificado como «pésimo» por la prensa inglesa tras su caída en la segunda ronda de la Intertoto ante el Newcastle United.

Me preguntaba qué tal lo habían hecho Marlon y Messias. Pero no hicieron nada. Pasaron ambos partidos en el banquillo.

P. S.

El éxodo de futbolistas brasileños continúa al mismo ritmo: en 2012 se transfirieron 1.429 brasileños al extranjero. Uno de estos miembros de la legión extranjera, Clayton Soares do Nascimento, fue máximo goleador (compartido) de la liga de las Islas Feroe.

Tras regresar a Brasil, Messias trabajó en el cuerpo técnico de un pequeño equipo local antes de volver a un trabajo no cualificado. Marcelo consiguió un empleo en la campaña electoral de un nuevo partido político. Marlon vende palomitas de maíz en un carrito en el centro de Río.